

## **Gárate e Hijos.**

Octubre consumía sus últimos días y Alberto Gárate miraba al cielo. Alberto tras la muerte de su padre Arsenio era el heredero de una de las empresas productoras de cacao más importantes del país, Gárate e Hijos. Y dependía de la lluvia casi tanto como del aire para respirar.

Alberto todas las mañanas se sentaba en su porche a mirar el cielo. Allí buscaba nubes en el horizonte; nubes que según llegaban no hacían sino deslizarse sobre un tapiz tan azul como desesperante. A sus 54 años, nunca había visto nada igual. En los últimos cuatro meses apenas había llovido, las reservas de agua cada vez eran más escasas y las autoridades habían decretado el estado de alerta.

Tal era la situación que si no se resolvía pronto las pérdidas económicas serían devastadoras. Las hojas de los árboles ya empezaban a amarillear y las ramas pronto quebrarían con facilidad. Aquella era una **sequía** interminable como nunca antes la habían vivido en su familia.

Gárate e Hijos era la empresa que sus abuelos habían fundado. Todo comenzó cuando su abuelo Antonio decidió plantar árboles de cacao en unas pocas hectáreas de terreno. Su intención no era otra que subsistir con el dinero que obtuviera. Pero aquellos árboles crecieron rápido y dieron frutos tan abundantes como frecuentes. Pronto la venta del cacao para elaborar **chocolate** y cosméticos se convirtió en la fuente de ingresos de la familia. Era un negocio próspero y crecía a pasos agigantados.

Fue ya su hijo Arsenio Gárate, quien viendo la creciente demanda, solicitó un crédito para comprar más terrenos y poder aumentar la producción. De aquel modo la pequeña finca familiar pasó de tener tres a más de veinte hectáreas.

Con el negocio familiar cada vez más grande se hizo necesario contratar personal, capataces, recolectores, jardineros, ingenieros de caminos... Gárate e Hijos se convirtió en una de las empresas más grandes de Costa Rica.

Y ahora su hijo, Alberto Gárate, había mandado construir un sistema de riego, justo antes de la mayor sequía en 50 años en la región.

La situación era angustiosa, si no llovía pronto debería empezar a despedir a sus trabajadores. Nada le angustiaba más que dirigirse donde Jorge, donde Juan, donde Eustaquio y donde tantos otros y decirles que ya no podía darles trabajo.

Alberto sentado en el porche de su casa, esperaba que algo cambiara, pero no sabía muy bien qué podía hacer. ¿Peregrinar a la Virgen del Socorro para pedir su intermediación? No creía que eso fuera a servir de nada, descreído como era él. ¿Comprar agua en el extranjero? Sabía que era poco realista que obtuviera el permiso y que si se lo daban lo más probable es que la burocracia tardase demasiado.

Entonces lo vio, aquel hombre paseaba por delante de su casa con algo parecido a un yo-yo. Le extrañó que aquel hombre de avanzada edad jugara con aquel objeto, pero pensó que simplemente estaría aburrido por no poder trabajar, Le llamó.

- Oiga buen hombre, ¿quiere sentarse aquí a la sombra conmigo?

- No puedo, estoy buscando algo. -contestó el hombre sin girar la cabeza.

Aquel gesto le extrañó a Alberto, acostumbrado a su papel de patrón. Que uno de sus empleados le contestase de aquella manera tan poco frecuente, sin mirarle a los ojos ni referirse a él como patrón le contrarió. Levantándose de su asiento se dirigió hacia el hombre y cuando estaba prácticamente a su altura le preguntó – ¿puedo saber que está buscando?

- Agua. - La respuesta le hizo gracia a Alberto, que ya de más cerca pudo identificar aquel objeto que llevaba como un péndulo. Y aunque la aparente falta de educación de aquel hombre le resultaba en cierto modo molesta decidió acompañarlo en su búsqueda. «Si el agua no caía del cielo, no parece tan absurdo buscarla en el suelo» -pensó.

- ¿Y que pretende hacer cuando la encuentre? - le inquirió Alberto. Pero el hombre seguía caminando en silencio sin mediar respuesta, hasta que se paró, lo miró a los ojos y le contestó -le pediré lo que es mío al dueño de estas tierras.

La firmeza de aquella respuesta y aquella mirada sorprendió al patrón, era aquel un hombre enjuto, de rostro anguloso, nariz aguileña y unos pequeños ojos que no separaba del péndulo. Su cabello blanco frondoso, asomaba bajo el sombrero de ala ancha. Y aunque su ropa era humilde como la de

tantos trabajadores en su finca, daba la sensación de no necesitar nada más que encontrar lo que buscaba para ser feliz.

Alberto, intrigado por la determinación de aquel hombre que caminaba descalzo, guardó silencio sobre su propia identidad y le pidió permiso para acompañarle, aunque fuera en silencio.,

- ¿No le molestan los pies? -le preguntó en un momento dado.

- Por favor no me hable.

Definitivamente aquel hombre estaba plenamente convencido de lo que estaba haciendo, aunque para ello tuviera que caminar descalzo la finca entera.

Las siguientes horas Alberto caminó a su lado, medio paso por detrás, saludando a su paso a los trabajadores que limpiaban las malas hierbas de los **pasillos** entre los árboles. Algunos se levantaron y, en el más escrupuloso silencio, también se incorporaron a la búsqueda de aquel hombre extraño y su péndulo. Las preguntas circulaban de mirada en mirada.

En un momento dado y cuando ya llevaban dos tercios de los terrenos recorridos, una frase resonó en la cabeza de Alberto. ¿A qué se referiría aquel hombre con lo que le pertenecía? ¿Qué sería aquello que el hombre le pediría? ¿Sería dinero? Viendo las hojas secas de los árboles por el suelo, pensó que no le importaría pagarle una buena suma si así fuera. Sin embargo algo le decía que aquel hombre tenía otra cosa en mente.

Cuando el sol empezaba a ponerse el hombre y la comitiva, que le seguía curiosa, llegaron a las tierras más lejanas de la finca. Eran un par de hectáreas bajo la montaña. En ellas estaban los árboles más especiales, aquellos que daban un fruto de una calidad extra, y que la empresa vendía a un considerable precio a una fábrica de chocolates en Suiza.

Alberto siempre recordaba cuando se acercaba a esas tierras la historia que su padre Arsenio contaba sobre el lugar. En aquellas dos hectáreas antiguamente solo había una choza y terreno estéril. En la choza malvivían una mujer y su hijo. Y su padre, apiadándose de ellos, se lo había comprado por una buena suma y una oferta de trabajo en la plantación. Pero la mujer cogió el dinero y partió en busca de familiares lejanos. Finalmente fue Arsenio con sus propios medios quien trabajó las tierras, convirtiendo un terreno inerte en las dos hectáreas más productivas de la finca.

Y ahora allí estaban él y una veintena de trabajadores, en mitad de esas tierras pendientes de un péndulo, que cuando menos esperanza había se tensó como un rayo y propició que dos palabras salieran de aquel hombre extraño. -Aquí está.

Con la noche a punto de caer los gritos de júbilo se escucharon por toda la finca. Alberto se acercó donde aquel hombre y se sinceró:

- Discúlpeme por no habérselo dicho antes, pero soy el propietario de estas tierras, y si es cierto que ha encontrado lo que esta buscando le prometo que la recompensa será amplia. Puede pedir usted lo que quiera.

Alberto no durmió aquella noche, pidió a sus ingenieros que trajeran una excavadora, carretas para la tierra, palas y lo que fuera necesario para cavar hasta encontrar el agua. Quizás al final habría una solución, y todo gracias a aquel hombre del cual no sabía nada, ni siquiera lo que quería.

Para cuando la maquinaria llegó, los trabajadores de la finca ya habían formado un círculo alrededor del punto donde había que cavar. Todos esperaban que en cualquier momento el agua saliera de alguna forma como un manantial. Sin embargo la extrañeza se apoderó de todos cuando, tras escarbar metro y medio, el sonido de tejas rompiéndose se coló entre los comentarios de la gente. La maquinaria paró, los hombres se acercaron con palas y después de retirar la tierra, constataron que aquello era el **tejado** de una casa.

¿Cómo era aquello posible? ¿Se había equivocado aquel hombre? El señor del agua, como ya era conocido aquel hombre, se acercó y el péndulo volvió a tensarse. Alberto desesperado mandó continuar desenterrando aquella casa. Su padre siempre le había contado que la chabola había sido derruida, y sin embargo algo se removía en su interior, algo empezaba a no encajar.

Horas más tarde, la aparición de un cadáver de mujer y una niña junto con una carta, no fue más que la constatación de que un castillo de naipes estaba a punto de derrumbarse en su corazón. Y cuando leyó la carta la demolición fue completa.

“Querido Arsenio mi corazón no puede estar más triste, sabes bien que Elisa es tu hija, igual que Miguel, pues no he yacido con ningún otro hombre que no fuera vos. Más no te preocupes porque a nadie diré nada, como no lo hice con nuestro hijo. Que Miguel nos viera yacer en una de tus visitas

no fue más que el resultado de una **travesura**. Ya he hablado con él, promete que tampoco dirá nada. Por si acaso le he pedido a mi hermana que se quede con él unos días. Sabes que nunca te pido nada, pero te suplico que no te importunes cuando sepas que no puedo entregarte estas tierras, junto con el pozo son lo único que nos queda. Cuando me reponga espero poder trabajarlas y alimentarnos con nuestro trabajo. Siempre tuya. Mariana”

Alberto paralizado, notó de repente una gota en su rostro, luego otra, levantó la vista al cielo. Y cuando la bajó lo vio a él, el hombre del péndulo, llorando junto a los cadáveres de su madre y de su hermana pequeña. No cabía duda de que venía tormenta.

Amorebieta – Octubre 2022